

Memorias de un niño

Salí corriendo de casa, era el primer día de vacaciones de primavera e iba a ir a jugar con mis amigos, Federico y Martín, somos vecinos desde que nacimos y salimos a jugar todas las semanas. Ahora que teníamos vacaciones íbamos a ser inseparables. Fui directo a el descampado cercano a nuestras casas en el que habíamos quedado. Cuando llegué solo estaba Federico, pero no me vio, así que decidí llegar por otro lado para darle un susto. Estaba andando lentamente hacia él cuando de repente sentí una mano en mi espalda, pegué un salto del susto y Federico se giró, al verme se puso a llorar de la risa mientras se agarraba el estómago. Yo me giré y no me sorprendió ver a Martín riéndose igual que Federico, después de este pequeño incidente estuvimos toda la mañana jugando a los soldados, piratas y demás hasta que cayó la noche y tuve que ir a casa a cenar.

Al llegar a casa noté cierta tensión en el ambiente, estaban mamá, papá y mi hermano Matías escuchando la radio, todos prestaban mucha atención. No entendía mucho, pero hablaban sobre algo de ataques en la frontera, la cara de mi familia reflejaba miedo y preocupación. A los cinco minutos mi madre apago la radio y dijo que ya habíamos tenido suficientes noticias por hoy y fuimos a la cocina a cenar. Nadie abrió la boca en la cena ya que el conflicto que preocupaba tanto a mis padres y a mi hermano les había dejado sin palabras.

Me acosté con una sensación extraña que no me dejaba dormir, me quedé dando vueltas en la cama hasta que de repente oí un ruido, eran mis padres discutiendo. Mi madre le decía a mi padre que debíamos irnos a vivir al pueblo con mis abuelos dónde estaríamos más seguros, pero mi padre mantenía que no nos lo podíamos permitir ya que no podía dejar su trabajo tan de repente. Estuvieron discutiendo un buen rato hasta que se hartaron y decidieron que al día siguiente lo hablaríamos toda la familia.

Cuando nos levantamos Matías y yo nos estaban esperando nuestros padres en la cocina con un gran desayuno, en cuanto nos sentamos nos preguntaron si queríamos ir a vivir a casa de la abuela una temporada. La primera reacción que tuvimos fue negativa ya que ambos estábamos muy cómodos en la ciudad y nos

pusimos del lado de nuestro padre, al final (tras un gran debate) mi madre nos comprendió y acepto quedarse en casa.

Contento por la decisión fui a ver a mi tía que vivía en el otro lado del barrio, para llegar a su casa tenía que atravesar una de las calles principales de la ciudad. Mientras me iba acercando a esta se oía un gran revuelo, al llegar me sorprendió una gran masa de gente, me giré inmediatamente, aunque ya era muy tarde. Otra masa de gente venía directa hacia mí, parecía que ambos grupos no se llevaban muy bien ya que los insultos cruzaban la calle como balas. Según se fueron acercando empezaron a volar botellas, herramientas y todo tipo de objetos, me eché hacia un lado, pero no sirvió de mucho porque ya estaba en el centro de la pelea, intenté escabullirme para poder salir de ese tumulto, pero cada vez era más grande. Me hice una bola en el suelo esperando a que se acabase pronto. No me dio tiempo a reaccionar y alguien consiguió cogermme, me puse a patallar y pegarle puñetazos en la espalda a mi secuestrador hasta que recibí un golpe en la cabeza y todo se volvió oscuro.

No sé cuánto tiempo había estado inconsciente hasta que me desperté, aunque estaba despierto no abrí los ojos y pude escuchar una conversación.

- ¿Por qué has cogido a este niño? ¿qué vamos a hacer con él? – Dijo una voz ronca y grave con cierto tono de ira, por su voz parecía un hombre grande y tosco

- Estaba en el suelo hecho una bola esperando a que lo recogiesen- Respondió una voz masculina, suave y clara.

- Tendrá una familia que estará preocupada – Añadió más calmadamente la primera voz

- No dormiré mucho más, cuando se despierte le preguntaremos- Concluyó la segunda voz.

Después de haber visto que era gente de confianza decidí despertarme de verdad. Poco a poco me fui incorporando y cuando estaba sentado pregunté - ¿Dónde estoy? – La segunda voz resultaba ser un hombre joven de unos veintipocos años, no era muy alto, mientras que la primera voz le pertenecía a un hombre grande que tendría la misma edad que el primero. Ellos me dijeron

que estaba en su casa, cerca de la alameda. Les pregunté qué hora era y me respondieron que eran las nueve de la tarde, llevaba todo el día dormido. Les dije donde vivía y no estaba muy lejos de allí, así que me acompañaron. Por el camino me contaron que me habían encontrado en una pelea entre los grupos de manifestantes que apoyaban la guerra y los que no.

En el momento que llegué a mi calle estaba la policía llamando a mi puerta y vi a mi madre salir con la cara llena de lágrimas, al verla la llame gritando, y al verme vino corriendo hacia mí y me metió entre sus brazos tan fuerte como nunca, me dijo que no me soltaría nunca más. Entramos en casa y Matías y papá me recibieron con un fuerte y cariñoso abrazo y me llevaron a la cocina, donde había tortilla de patatas (mi comida favorita). Cenamos todos juntos, mamá invitó a los chicos que me habían cogido a cenar y la guerra no entró en aquella cena, solo se hablaron de cosas alegres como las vacaciones o la mejoría del tiempo en aquella época del año. Al final se hizo tarde así pues me fui a dormir, estaba tan cansado que me dormí antes de que mi cabeza tocara la almohada.

A la mañana siguiente me levanté tarde y bajé a desayunar, cuando llegué abajo me llevé una gran sorpresa al ver a mi madre llorando en el salón con una carta en la mano, fui a la cocina para preguntarle a mi hermano que le sucedía a mamá, él me respondió con voz apagada que les habían llamado para ir a la guerra como soldados, a mi padre y a mi hermano, no lo entendía, si mi hermano tenía 17 años recién cumplidos. Le di un fuerte abrazo a mi hermano y corrí al salón para darle otro a mi madre.

Por la tarde fui a jugar con Martín y Federico, Martín me contó que Federico se fue al pueblo para huir de la guerra y que por eso no estaba, nos quedamos él y yo solos en la ciudad. Al ser solo dos tuvimos que encontrar nuevos amigos. Al final del día ya éramos cinco personas e íbamos a vernos al día siguiente.

Esa noche cuando entré en casa llegó a mi nariz un rico olor a cocido, mamá lo había preparado para papá y Matías ya que la próxima mañana partirían al frente de combate. Fue una cena alegre y triste al mismo tiempo, estábamos contentos de poder estar cenando todos juntos, pero tristes porque sabíamos que podía ser la última vez que lo estuviésemos haciendo. Después de cenar estuvimos

bailando todos juntos hasta que no pudimos más. Antes de acostarme me despedí de papá y de Matías así pues me fui sollozando a mi habitación.

Una fuerte alarma me despertó en mitad de la noche y antes de que pudiese reaccionar entró mi hermano corriendo y me avisó de que nos teníamos que ir rápido al refugio subterráneo porque estaban bombardeando la zona, me puse los zapatos tan rápido como pude y salí corriendo hacía fuera con mi familia, después de correr dos minutos (los dos minutos más largos de mi vida) por fin conseguimos llegar al refugio, estaba todo el vecindario, incluidos mis nuevos amigos y Martín, nos sentamos juntos y estuvimos hablando toda la noche sobre nuestros juegos, no éramos realmente conscientes de lo que estaba pasando. Pasadas unas horas salir era seguro y fuimos rápido a casa (si es que seguía en pie) por el camino vimos muchas casas destrozadas, conocíamos a muchos de los que vivían en estas. Tuvimos mucha suerte y nuestra casa no cayó.

Mi padre y mi hermano tuvieron que coger sus cosas y marcharse, no hubo tiempo para hablar de lo sucedido, estábamos mamá y yo solos, así que decidió que lo mejor sería ir a casa de mis abuelos al pueblo, en cuanto se fueron los hombres mi madre se puso a hacer las maletas y preparar todo para irnos, yo fui a despedirme de mis amigos, se pusieron tristes, yo también, ellos son lo que más me iba a doler tener que dejar en la ciudad, les prometí que volvería pronto.

Cuando llegué a casa comí un poco de cocido con mi madre y al acabar fuimos a coger el autobús hacia el pueblo. Se tardaban cinco horas, mi madre y yo estuvimos las cinco horas abrazadas en silencio mirando el paisaje.

Tras un largo viaje por fin llegamos al pueblo, nos recibieron mis abuelos y fuimos andando hasta su casa, era una casa grande y de piedra, tendría siete u ocho habitaciones. Mis abuelos estaban encantados de recibirnos ya que no los solíamos ver mucho. Nos instalamos y nos fuimos a dormir.

Por la mañana mi abuelo, un hombre grande y carismático, me contó que había sitio en la escuela del pueblo y que ahora tendría que ir, empezaba esa mañana. Era un edificio pequeño que no tenía más que dos salas en las que separaban a los niños según su edad, a mí me toco en la sala de los más pequeños, hice bastantes amigos. Mi maestra era una mujer joven del pueblo que fue a la ciudad

a estudiar y quiso volver para poder enseñar a los niños del lugar en el que creció, era muy simpática y se notaba que tenía vocación ya que nos trataba con mucho cariño.

Ya llevábamos una semana viviendo en el pueblo y nos habíamos estabilizado, yo iba al colegio por las mañanas mientras que mi madre se encargaba de la casa ayudando a mis abuelos que ya eran mayores y les costaba hacerlo solos. Luego, por las tardes mamá iba a con sus amigas y yo con los hijos de sus amigas, éramos un grupo bastante grande en el que yo ya estaba integrado.

Mamá y yo estábamos felices con nuestras vidas en el pueblo, aunque no nos olvidábamos de papá y Matías, les enviamos alguna carta, pero todavía no habían respondido. Un día vino el cartero a casa de los abuelos y había una carta para nosotros, era del ejército, mamá la abrió y nos pusimos a leerla juntos.

Querida familia González Carrero

Lamentamos informarles que el pasado 17 de mayo desaparecieron en combate Fernando González Hernando y Matías González Carrero luchando por su patria y honor. Lamentamos enormemente su pérdida. Serán informados de cualquier novedad. Un cordial saludo

Coronel Lázaro

Mamá y yo nos abrazamos mientras llorábamos, no podía ser real, estuvimos en el sofá durante horas hasta que mi abuela nos obligó a levantarnos y a cenar algo, aunque tuviésemos el estómago cerrado, después nos fuimos a dormir para poder relajarnos algo, pero no sirvió de mucho.

A la mañana siguiente mamá no se levantó de la cama, tampoco al día siguiente, ni al siguiente, decía que no tenía fuerza. El abuelo llamó al médico, este revisó a mamá y le dijo que tenía un disgusto muy grande, que tenía que reposar y le teníamos que dar cariño. Así fue le di todo mi cariño, pero aun así seguía sin levantarse. Una mañana nada más levantarme fui corriendo a darle un abrazo, le di el abrazo más fuerte del mundo, pero no se despertó, insistí sin conseguir

nada. Avisé a mi abuelo y vino corriendo, llamó al médico y me echaron de la habitación, estuve esperando en mi cuarto hasta que mi abuela vino y me explico que mi madre ya no iba a sufrir más su enfermedad.

Al final, me criaron mis abuelos en el pueblo, cuando crecí fui a la universidad en la ciudad. De Martín y los demás no sé nada desde aquella despedida. Me encontré a los dos hombres que me ayudaron y ambos habían conseguido cumplir sus sueños. Mi profesora se casó y tuvo sus propios alumnos. A los dos meses de la muerte de mi madre llegó una carta diciendo que habían encontrado los cuerpos de mi padre y mi hermano, fui con mis abuelos a darles un entierro digno.

*

*

*

Siempre me acuerdo de las historias que me contaba mi abuelo cuando era pequeña, más en este momento en el que tengo que huir de mi casa casi con lo puesto porque los ataques no nos dejan vivir tranquilos, ya sé cómo se sintió mi bisabuela al tener que tomar tantas decisiones para poder proteger a su familia, es muy estresante, pero debo permanecer asertiva si quiero proteger a mis hijos, solo puedo irme con mis hijas y mi hijo pequeño, mi marido y mis hijos mayores no han podido venir porque fueron llamados a filas.

No comprendo cómo sigue habiendo guerras en el mundo si al final consisten en batallas de jóvenes que no se conocen ni se odian luchando para viejos que se conocen y se odian. Nadie se merece esto y ya se ha visto a lo largo de toda la historia que lo único que han hecho las guerras es el mal.

Fátima Herreros Gil